

LA VENTANA ABIERTA

Ana María Reviriego

A PENAS sentía un viente-cillo que movía el portante de la ventana y la balanceaba hacia fuera, encendió la luz porque sus pies estaban quedándose fríos entre las sábanas mal colocadas. Quitó la manta y después de estirarla metió cuidadosamente los picos debajo del colchón, apagó e intentó dormirse. Pero poco a poco tuvo otra vez frío y oyó el runrunear de la ventana, se levantó y echó la tranca del ventanillo a tientas, luego se dejó deslizar entre los almohadones que había colocado a ambos lados de la cama y fue durmiéndose con el calor que le penetraba ya por las espaldas.

A la mañana siguiente decidió ordenar la habitación y reparar el montante. Cuando estaba colocando la tercera estantería de los libros, encontró la carta de su madre en la que le rogaba volviera a casa, pero no, no, no volvería, la metió entre un libro cualquiera y prosiguió más arriba con los cuadernos y las láminas de dibujo. Tenía ya prácticamente acabado los dibujos de la nave central de la iglesia, apartó unas cuantas hojas para pasarlas por último a tinta.

Desde que llegó al pueblo apenas había hablado con tres personas, los primeros días recordó y le dio vueltas en su cabeza viendo a su madre a través de la ventana registrarle en la ropa y en los cuadernos, y rompiéndole las fotos de María y de Antonio.

Los celos de su madre (¿por qué no habían comenzado antes?) se fijaban hasta en las miradas que caían sobre él. María no era sino una compañera con la que había trabajado en el diseño de carteles, pero su madre le acosaba a preguntas: por

sus salidas, sus entradas, sus amigos, su casamiento ¡ay!, ¡aquí era el dolor de sus entrañas! El debía permanecer mudo, sordo, sólo responder a sus miradas y a sus agasajos. Permanecer —como muñeco de porcelana— en el sillón de su cuarto durante todo el día, mientras ella giraba y giraba por la casa:

—¿Qué quieres comer?

—¿Dormir, leer?, todo, todo lo mejor. ¡Ah! pero sin salir.

Desde que murió su padre se había prometido no pisar la calle y su hijo debería estar allí con ella, escucharla o no —era lo mismo—, pero allí. Se había establecido, eso sí, horas de charla, lo mismo que se establece un horario de comidas, y también de paseos. Simulaba que iba a salir a la calle: Se vestía su vestido, los zapatos altos, el sombrero y decía adiós a cualquier mueble de la salita, luego salía al pasillo, saludaba a la gente que se encontraba, iba y venía con exclamaciones.

«—¡Pero qué precioso tiempo, un tiempo excelente! ¿Verdad doña Rita?, realmente excelente.

—Hombre, doña Elvira tanto tiempo sin vernos, y su mal de costado, ¿mejor?, este tiempo nos trae locos a todos.

—Adiós, adiós.»

Abría la puerta, saludaba, se quitaba el sombrero y se dejaba caer en el sillón, «¡en verdad un gran paseo!». Así hasta el día que la vio por la ventana y decidió marcharse.

El cura del pueblo le había encargado los planos de las naves de la iglesia, el trabajo se lo había buscado María, al parecer, se habían rajado y roto al hacer la nueva sacristía y deseaba conservarlos con los antiguos.

El cura se apoyaba en una ventana mientras le miraba trabajar y le decía que le explicara; él hubiera querido

también ser arquitecto, pero en sus tiempos no había medios (y se encogía de hombros). Así se tiraba las tardes en las naves de la iglesia trazando arcos y midiendo esferas, mientras don Angel seguía atento sus explicaciones y pintaba archivoltas en el cristal de la ventana, cortando la luz del sol como un juego. Aquella tarde se había prolongado más su charla y apenas llegó a su cuarto tuvo ganas de dormir. Recordó cómo su madre le servía el té todas las tardes aunque no estuviera en casa, y se lo dejaba sobre la camilla con pastas de años. Volvió a recordar la carta y se durmió.

Creyó que soñaba al oír otra vez el runrunear de la puerta y se dio la vuelta sobre el hombro izquierdo, entonces notó el frío por la espalda y vio que otra vez se había quedado dormido sobre la cama y la ventana permanecía abierta. De repente sintió, que a pesar de todo, le gustaba ese despertar a medianoche a tener que cerrar la ventana, era como si así el sueño se alargara dos veces, a la vez que percibía el calor tibio de las mantas sobre la piel desnuda después de meterse en la cama.

Era una sensación que le recorría la espalda agradablemente y le hacía acurrucarse palpándose con sus propios brazos como si se abrazara. A medida que el calor aumentaba se sentía gozoso y único, y no sabía ya si es que todas las noches soñaba lo de la ventana para después arrojarse; se preguntaba si aquel placer era de entonces, y le recordaba a los besos que su padre le daba de pequeño al decirle hasta mañana.

Se había levantado muy temprano, quería acotar los planos y pasar a tinta los últimos de la nave derecha, para empezar con la otra por la tarde.

Mientras se afeitaba oía el agua de la garganta del pueblo cómo bajaba pegando entre las piedras y sintió que aquello le gustaba, en realidad, terminaría pronto el trabajo y debería marcharse del pueblo, frunció las cejas, un poco de tristeza bajó con la maquinilla por su rostro. Aquel olor fresco y aquel ruido del agua se iban grabando poco a poco en su pensamiento y veía el pueblo a través de esas sensaciones. Bajó a la cocina y estuvo hablando con Rosa en el huerto, ella le había enseñado las plantas de fresas y patatas que solían poner cada año, el huerto era amplio y tenían, también, parras que subían por encima de la puerta de la entrada, ahora el tronco pelado parecía una amenaza contra los visitantes. Rosa le miraba dulcemente y le enseñaba todo aquello, que en verdad, era nuevo para él. Así se había dejado caer una vez más en sus sensaciones, y le parecía que en algún momento había estado él ya allí y que alguien le había hablado de las plantas. La vida le parecía que cobraba un sentido en aquella casa, en aquel huerto y aquel pueblo; poco a poco fue descubriendo que, entre todo, el recuerdo de su padre se hacía cada vez más vivo y más cercano. Al subir se cruzó con Juan en la escalera, el hijo de Rosa, sintió, sin apenas llegar a dominarse, un escalofrío y mientras el muchacho le decía hasta mañana amablemente, él sólo pudo mirarle fijamente hasta que se perdió por el corredor. Cerró su puerta y se sintió un poco abatido. Después de haber pasado un alegre día, pensando que algo nuevo le pedía que permaneciera en el pueblo, aquel encuentro volvía a sumirle entre las brumas de sus sensaciones, preguntándose por aquella mirada y aquella voz de Juan. Apenas si había hablado con él, quizá todo era producto de aquel irse sintiendo nuevo en el pueblo e ir conociéndolo y conociendo a aquellos de la casa donde se había quedado.

Corrió la mecedora y se sentó dejando caer los brazos. Mientras



acomodaba la cabeza y se echaba hacia atrás fue viendo cómo entre aquello, surgía de nuevo la figura de su padre, estaba sonriente ante él y recordó que, cuando era pequeño, le gustaba frotarle el pelo fuertemente con la toalla cuando se lavaba la cabeza hasta que estaba completamente seco. Sin querer se sonreía también y pensaba que su madre estaría esperándolo, pero, no, no volvería.

«Aquella tarde había estado preparando unos pasteles, cantando alegremente y alborotando en la cocina mientras daba con el mazo de la pasta para extenderla sobre la mesa, hubiera deseado decirle que se callara de una vez, pero preferí no bajar a hablar con ella, fue el día que murió mi padre hace ya doce años, vinieron entonces a decirnos que había sufrido un accidente y lo traían



hacia casa, desde aquel momento supe que ya se habían acabado para mí los besos en aquella casa. Mi madre nunca había procurado dármelos. Se cerró en un mutismo brutal y no se separó de mi padre ni un momento mientras estuvo aún en la casa. Yo estaba tan triste y deseaba

que ella se fuera para decirle algunas palabras, pero ni siquiera me miró ni se fue a ninguna parte, hubo que apartarla a empujones de la caja. Pasaron los días y empezó a simular que su vida seguía normal, tomaba el café y ponía otra taza para mi padre, y salía a pasear al pasillo y a la com-

pra sin volver a pisar la calle; yo hubiera deseado irme, pero entonces fue cuando ella empezó a querer que yo permaneciera en casa también y a centrar toda su atención en mí, como antes nunca había hecho, yo estaba tremendamente solo y la dejaba que hablara, entrara y saliera como si todo me pareciera normal, hasta el día de la ventana».

Todo esto se mezclaba con la mirada de Juan, las charlas con Rosa, los planos de las naves y el pueblo entero con su olor fresco y el ruido del agua por la garganta. Apenas si sentía los palos de la mecedora en sus espaldas cuando despertó como cada noche y quiso deslizarse entre las mantas, esta vez sintió frío y se espabiló un poco, colocó los almohadones a los pies y se acurrucó, comenzó a percibir el calorillo y se dio cuenta que la imagen de Juan iba agrandándose a sus ojos, sí era la misma impresión que había sentido al cruzarse con Juan en la escalera, quiso olvidarlo todo y se dio la vuelta entre las sábanas, pero cada vez Juan aparecía más vivo a su lado, y detrás el recuerdo de su padre, cuando de pequeño le besaba por las noches.

Por la mañana tardó en bajar por no encontrarle en la cocina al mismo tiempo, pero le encontró, estaba aún sentado y él se sentó enfrente, entonces no sintió ese nerviosismo sino que se reflejó en su mirada y le pareció que le conocía desde hacía mucho, que desde hacía mucho conocía esa mirada que le era dulce y que se abría a él, Juan parecía que también se alegraba mirándole y que se sentía a gusto, los dos desayunaron lentamente, como alargando el tiempo y Juan le invitó a pasear por el pueblo. Aquella noche cuando le despertó el tintineo al abrirse la ventana y volverse entre las mantas, se dio cuenta que su sensación corría tras el recuerdo de unos besos de hacía mucho. Era la misma sensación que había sentido aquella tarde entre los labios de Juan.